

uerza, y espera con serenidad el momento de ir al cadalso. Entretanto pide unas tijeras para cortar su cabello por sí mismo, á fin de substraerse á esta humillante operación hecha por manos de los verdugos; pero el Ayuntamiento rehusa dárselas por desconfianza.

En aquel momento se oye el redoble del tambor en la capital; todos los que formaban parte de las secciones armadas se dirigen á sus compañías con la mayor sumisión; los que no estaban obligados á figurar de modo alguno en aquella terrible jornada se ocultan en sus casas; las ventanas y las puertas se cierran, y cada cual espera en su vivienda el fin de aquel triste acontecimiento. Decláse que cuatrocientos ó quinientos hombres fieles debían caer sobre el coche y arrebatar al rey. La Convención, el Ayuntamiento, el Consejo ejecutivo y los jacobinos estaban en sesión.

A las ocho de la mañana se dirige al Temple Sante-rré con una diputación de la municipalidad, del departamento y del tribunal del crimen. Al oír Luis XVI el rumor, levántase y se dispone á marchar. No había querido ver otra vez á su familia, á fin de no renovar la triste escena de la víspera; pero encarga á Clery que dé en su nombre el último adiós á su esposa, á su hermana y á sus hijos, confiándole al mismo tiempo un mechón de pelo y diversas alhajas para que se las entregase.

Después le estrecha la mano, dándole gracias por su servicio, y dirigiéndose á uno de los agentes municipales, le ruega que transmita su testamento á la corporación. Este agente era un antiguo sacerdote, llamado Jacobo Raux, quien le contesta brutalmente que sólo está encargado de conducirlo al suplicio, y no de desempeñar sus comisiones. Encárgase otro de ello, y volviéndose el rey hacia la comitiva, da con tranquilo acento la orden de marcha.

Dos oficiales de la gendarmería iban en la parte anterior del coche, y el rey y Mr. Edgeworth en el fondo. Durante el camino, que fué bastante largo, el príncipe leyó en el breviario del sacerdote las oraciones de los agonizantes, y los dos gendarmes estaban admirados de su piedad y de su tranquila resignación. Según se dice, tenían orden de darle muerte si el coche era atacado;

pero no ocurrió ninguna demostración hostil desde el Temple hasta la plaza de la Revolución.

Alrededor había una multitud armada, y el coche avanzaba lentamente en medio de un silencio universal. En la plaza se había dejado un gran espacio libre alrededor del cadalso, y en todo el circuito de este espacio se situaron varios cañones. Los confederados más exaltados guardaban las inmediaciones del patíbulo; detrás de sus filas estaba el vil populacho, siempre dispuesto á ultrajar al genio, á la virtud y al infortunio, cuando se le da la señal, y era el único que daba algunas muestras de satisfacción, mientras que los demás sepultaban en el fondo de su alma sus sentimientos.

A las diez y diez minutos se detiene el coche; incorpórase Luis XVI con vigor y baja á la plaza; preséntanse tres verdugos al momento; pero recházalos, y se desnuda él mismo; y al ver que trataban de atarle las manos, hace un movimiento de indignación, y parece dispuesto á defenderse. Mr. Edgeworth, cuyas palabras fueron entonces sublimes, le dirige una última mirada diciéndole: «Tolerad este ultraje como última semejanza con el Dios que va á recompensaros.»

Al oír estas palabras, la víctima, resignada y sumisa, se deja atar y conducir al cadalso. De pronto Luis XVI da un paso, sepárase de los verdugos, y se adelanta para hablar al pueblo. «¡Franceses, exclama con voz sonora; muero inocente de los crímenes que se me imputan; pero perdono á los autores de mi muerte, y pido que mi sangre no recaiga sobre Francia.» Iba á continuar, pero en aquel instante se da la orden de tocar los tambóres; un redoble impide que se oiga la voz del príncipe; los verdugos se apoderan de él, y Mr. Edgeworth le dirige estas palabras: «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!»

Apenas hubo corrido la sangre, cuando algunos furiosos se lanzaron para humedecer en ella sus picas y sus pañuelos.

Diseminanse después por París á los gritos de *¡Viva la república! ¡Viva la nación!*, y llegan hasta las puertas del Temple para hacer alarde de la brutal y falsa alegría que la multitud manifiesta al nacer todos los príncipes, á su advenimiento al trono y á su caída.

CAPITULO VI

Situación de los partidos después de la muerte de Luis XVI. — Cambios en el poder ejecutivo. — Retirada de Roland. — Nómbrase á Beurnonville ministro de la Guerra en reemplazo de Pache. — Situación de Francia respecto á las potencias extranjeras. — De qué modo figuró Inglaterra. — Política de Pitt. — Situación de nuestros ejércitos en el Norte. — Anarquía en Bélgica á consecuencia del gobierno revolucionario. — Dumouriez vuelve á París. — Su oposición á los jacobinos. — Segunda coalición contra Francia. — Planes de defensa general propuestos por Dumouriez. — Leva de trescientos mil hombres. — Invasión de Holanda por Dumouriez. — Detalles de los planes y operaciones militares. — Pache es nombrado corregidor de París. — Agitación de los partidos en la capital. — Su aspecto, su lenguaje y sus ideas en el Ayuntamiento, en los jacobinos y en las secciones. — Disturbios en París con motivo de las subsistencias. — Saqueo de las tiendas de comestibles. — Continuación de la lucha entre los girondinos y montañeses. — Sus fuerzas y sus medios. — Reveses de nuestros ejércitos en el Norte. — Decretos revolucionarios para la defensa del país. — Establecimiento del *tribunal criminal extraordinario*. — Tempestuosas discusiones en la Asamblea con este motivo. — Acontecimientos en la noche del 10 de marzo. — Se frustra el ataque contra la Convención.

La muerte del infortunado Luis XVI causó en Francia un terror profundo y en Europa una mezcla de asombro y de indignación. Según lo habían dicho los revolucionarios más sagaces, la lucha quedaba empeñada sin remedio, cerrándose irrevocablemente toda retirada. Era preciso, pues, combatir la coalición de los tronos y vencerla, ó perecer bajo sus golpes; y así es que en la Asamblea, en los jacobinos, en todas partes declábase que sólo se debía pensar en la defensa exterior, y desde aquel momento las cuestiones de guerra y de hacienda estuvieron constantemente á la orden del día.

Ya se ha visto qué temor se inspiraban mutuamente los dos partidos interiores. Los jacobinos creían ver un peligroso resto de realismo en la resistencia opuesta á la condena de Luis XVI y en el horror que causaban á muchos departamentos los excesos cometidos desde el 10 de agosto. Por eso dudaron de su victoria hasta el último momento; pero la fácil ejecución del 21 de enero les tranquilizó por fin. Desde aquel instante comenzaron á creer que la causa de la revolución podía salvarse, y prepararon informes para ilustrar á los departamentos y ganarlos del todo. Los girondinos, por el contrario, conmovidos ya por la suerte de la víctima y alarmados además por la victoria de sus implacables enemigos, comenzaban á entrever en el acontecimiento del 21 de enero el preludio de prolongados y sangrientos furores y el primer hecho del inexorable sistema que ellos combatían. Habíase transigido, á decir verdad, con la persecución de los septembristas; pero esto era una concesión sin resultado. Al abandonar á Luis XVI, quisieron probar que no eran realistas, y al desentenderse sus contrarios de los autores de las ocurrencias de septiembre, hicieronlo sólo para demostrar que no se protegía el crimen; pero esta doble prueba no satisfizo ni tranquilizó á nadie. Considerábase siempre á los girondinos como débiles republicanos, casi realistas, y ellos veían siempre en sus adversarios enemigos sedientos de sangre y de carnicería. Roland, completamente desanimado, no por el peligro, sino por la manifiesta imposibilidad de ser útil, presentó su dimisión el 23 de enero. Felicitáronse los jacobinos; pero clamaron al punto que

aún quedaban en el ministerio los traidores Claviere y Lebrún, de los cuales se había hecho dueño el intrigante Brissot; que el mal no se había extirpado del todo; y que, lejos de aflojar, era preciso por el contrario redoblar el celo hasta que estuvieran separados del gobierno los *intrigantes*, los *girondinos*, los *rolandistas*, los *brissotistas*, etc. Los girondinos pidieron en el acto la reorganización del ministerio de la Guerra, que se hallaba ya en el más deplorable estado por efecto de la debilidad de Pache con los jacobinos. Después de violentas discusiones, Pache fué depuesto por incapaz, y de este modo quedaron excluidos del gobierno los dos jefes que se compartían el ministerio y cuyos nombres habían llegado á ser los dos polos opuestos de unión. La mayoría de la Convención creyó haber hecho con esto alguna cosa en favor de la paz, como si al suprimir los nombres de que se servían las pasiones enemigas no debieran sobrevivir éstas para hallar otros nuevos y continuar la lucha; Beurnonville, el amigo de Dumouriez, apellidado el *Ajax francés*, fué llamado para encargarse del ministerio de la Guerra; no le conocían aún los partidos sino por su bravura; pero su amor á la disciplina le iba á poner muy pronto en oposición con el genio desordenado de los jacobinos. Después de adoptar estas medidas, se pusieron á la orden del día las cuestiones de Hacienda, las más importantes en aquel momento supremo en que la revolución debía luchar contra toda Europa. Al mismo tiempo se decidió que en el término de quince días lo más tarde presentara su informe el comité de Constitución, y que inmediatamente después se tratara de la instrucción pública. Muchos hombres que no conocían la causa de los disturbios revolucionarios figurábanse que á la falta de leyes se debían todas las desgracias del Estado, y que la Constitución remediaría todos los desórdenes. He aquí por qué muchos girondinos y todos los representantes de la Llanura no cesaban de pedir la Constitución y de quejarse de las dilaciones que se oponían, diciendo que su misión era constituir. Creíanlo así en efecto; imaginábanse todos que sólo habían sido llamados con este fin y que su tarea podría terminarse en algunos meses. Aún

no comprendían que estaban llamados, no á constituir, sino á luchar; que su terrible misión era defender la revolución contra Europa y la Vendée; que dejando de ser cuerpo beligerante, iban á convertirse muy pronto en sangrienta dictadura, que á la vez desterraría á los enemigos interiores, empeñaría batallas contra Europa y las provincias sublevadas y se defendería en todos sentidos por la violencia; que sus leyes, pasajeras como una crisis, no se considerarían sino como raptos de cólera, y que de su obra no subsistiría sino la gloria de la defensa, sola y terrible misión que habían recibido del destino, y que en su concepto no debía ser aún la única.

Sin embargo, bien fuese efecto del desfallecimiento producido por una prolongada lucha, ó ya por la unanimidad de pareceres en las cuestiones de guerra, todo el mundo estaba de acuerdo para defenderse y hasta para retar al enemigo; y merced á esto sucedió un poco de calma á las horribles agitaciones producidas por el proceso de Luis XVI, aplaudiéndose aun los informes diplomáticos de Brissot contra las potencias.

Tal era la situación interior de Francia y el estado de los partidos que la dividían. En cuanto á su situación respecto á Europa, era terrible, pues acababa de romper con todas las potencias. Hasta entonces no había tenido Francia sino tres enemigos declarados, el Piamonte, Austria y Prusia. La revolución, aprobada por todos los pueblos según el grado de su instrucción, odiosa para los gobiernos según el grado de sus temores, acababa de producir, sin embargo, nuevas impresiones en la opinión del mundo por los terribles acontecimientos del 10 de agosto, del 2 y 3 de septiembre y del 21 de enero. Menos despreciada desde que se había defendido tan enérgicamente, pero también menos estimada desde que se manchó con crímenes, dejó de interesar tan vivamente á los pueblos y de ser considerada con tanto desdén por los gobiernos.

La lucha iba, pues, á generalizarse. Ya hemos visto cómo el Austria se comprometió, por relaciones de familia, en una guerra poco útil á sus intereses; hemos visto á Prusia, cuyo interés natural era enlazarse con Francia contra el jefe del imperio, traspasar el Rhin por las razones más frívolas y comprometer sus ejércitos en el Argona; se ha visto á Catalina, filósofa en otro tiempo, abandonar, como todos los palaciegos, la causa que abrazó al principio por vanidad, perseguir á la revolución por sistema y por política, y excitar por último á Gustavo, al emperador de Austria y al rey de Prusia, para que no pensaran en Polonia y se lanzaran contra el Occidente; se ha visto al Piamonte atacando á Francia contra sus intereses, mas por razones de parentesco y de odio á la revolución; á las pequeñas cortes de Italia aborreciendo nuestra nueva república, aunque sin osar atacarla y hasta reconociéndola á la vista de nuestro pabellón; á Suiza observando una perfecta neutralidad; á Holanda y á la Dieta germánica sin explicarse aún, pero dando á conocer una profunda malevolencia; á España conservándose en una profunda neutralidad, merced á la influencia del sabio conde de Aranda; y por último, á Inglaterra dejando á Francia desgarrarse por sí misma, asolarse el continente y las colonias, y confiando así su venganza á los inevitables desórdenes de las revoluciones.

El nuevo ímpetu revolucionario iba á desconcertar todas estas neutralidades calculadas. Pitt había dirigido hasta entonces su conducta muy razonablemente; en su patria, una semirrevolución que sólo regeneró á medias el estado social había dejado subsistir muchas instituciones feudales que debían ser blanco del afecto de la aristocracia y de la corte y objeto de reclamaciones para la oposición. Pitt se proponía un doble fin: primeramente moderar el odio aristocrático, contener el espíritu de reforma y conservar así su ministerio, dominando á los dos partidos; y en segundo lugar, agobiar á Francia bajo el peso de sus propios desastres y el odio de todos los gobiernos europeos. En una palabra, quería hacer á su patria señora del mundo, y ser él dueño de aquélla; este era el doble objeto que proseguía con egoísmo y la fuerza de espíritu de un gran hombre de Estado. La neutralidad convenía perfectamente á sus proyectos: impidiendo la guerra, contenía el odio ciego de su corte á la libertad; dejando desarrollarse sin obstáculos todos los excesos de la revolución francesa, daba diariamente terribles contestaciones á los apologistas de esa revolución, contestaciones que sin probar nada producían un efecto seguro. Al célebre Fox, al hombre más elocuente de la oposición inglesa, contestábase siempre citando los crímenes de la Francia reformada; Burke, orador vehemente, estaba encargado de enumerarlos, y cumplía su tarea con una violencia absurda, llegando un día hasta el punto de lanzar desde la tribuna un puñal, que según dijo estaba fabricado por los propagandistas jacobinos. Mientras que en París se acusaba á Pitt de pagar á los trastornadores, él acusaba en Londres á los revolucionarios franceses de propagar el oro para promover la revolución, y nuestros emigrados acreditaban más tales rumores al repetirlos. Al propio tiempo que desencantaba á los ingleses con esta lógica maquiavélica respecto á la libertad francesa, sublevaba á Europa contra nosotros, y sus enviados disponían á todas las potencias á la guerra. En Suiza no consiguió el objeto; pero en La Haya, el dócil estatúder, escarmentado por la primera revolución, desconfiando siempre de su pueblo, y sin tener más apoyo que las flotas inglesas, dióle toda especie de satisfacciones, manifestando su malevolencia á Francia con una infinidad de demostraciones hostiles. En España sobre todo fué donde Pitt se valió de más intrigas para excitar á esta potencia á incurrir en la más grave falta que jamás cometiera, cual era reunirse con Inglaterra para combatir á Francia, su única aliada marítima. A los españoles no les había impresionado mucho nuestra revolución; y el gabinete de Madrid se había indispuerto con la república francesa, menos por razones de seguridad y de política que por las de parentesco y por repugnancias comunes á todos los gobiernos. El sabio conde de Aranda, resistiendo las intrigas de los emigrados, el enojo de la aristocracia española y las sugerencias de Pitt, tuvo cuidado de no herir la susceptibilidad de nuestro nuevo gobierno; pero derribado del poder y substituído por D. Manuel Godoy, después príncipe de la Paz, éste dejó á su desgraciada patria en manos de los peores consejeros. El gabinete de Madrid había rehusado hasta entonces explicarse respecto á Francia; en el instante del juicio definitivo de Luis XVI ofreció el reconocimiento político de la república y su mediación cerca de todas

las potencias si dejaba la vida al monarca destronado; pero por toda respuesta Dantón propuso la guerra, y la Asamblea pasó á la orden del día. Desde entonces no fué ya dudosa la proximidad de la lucha. Cataluña comenzó á llenarse de tropas, y en todos los puertos se apres-

contra ella; y mientras se reforzaba así en silencio, preparábanos una liga ábrumadora, que al ocupar todas nuestras fuerzas no nos permitiría socorrer á las colonias ni contener el progreso del predominio inglés en la India. En ninguna época se vió á Europa poseída de tal



Catalina II

taban armadas, habiéndose resuelto un próximo ataque. Pitt triunfaba, pues, y sin declararse aún, sin comprometerse con demasiada precipitación, ganaba tiempo para aumentar su marina de un modo formidable; complacía á su aristocracia con aquellos preparativos, descreditaba nuestra revolución, pagando las censuras

ceguedad ni cometer tantas faltas contra sí misma. En el Occidente, en efecto, veíase á España, á Holanda y á todas las potencias marítimas armarse con su enemiga la Inglaterra, y contra Francia, su aliada, dejándose llevar de un extravío producido por las pasiones aristocráticas. Prusia, por otra parte, dominada por

una inconcebible vanidad, uníase al jefe del imperio contra esta Francia, cuya alianza había recomendado siempre el gran Federico. El reyezuelo de Cerdeña incurrió en la misma falta por motivos á la verdad más naturales, cómo eran los de parentesco. En el Oriente y el Norte dejábase á Catalina cometer un crimen contra la Polonia y un atentado contra la seguridad de Alemania, bajo el frívolo pretexto de adquirir algunas provincias y para poder despedazar más á su gusto á Francia. Desconocíanse, pues, á la vez todas las primitivas y útiles amistades y se cedía á las pérdidas sugeridas de las dos dominaciones más temibles, para armarse contra nuestra desgraciada patria, antigua protectora ó aliada de los que la atacaban hoy. Todo el mundo contribuía, todo el mundo se prestaba á las miras de Pitt y de Catalina; imprudentes franceses recorrían la Europa para acelerar este funesto trastorno de la política y de la prudencia y para atraer sobre su país la más espantosa borrasca. ¿Y cuáles eran los motivos de tan extraña conducta? Entregábase la Polonia á Catalina porque había querido regularizar su primitiva independencia; entregábase la Francia á Pitt porque ésta quiso alcanzar la libertad que aún no tenía. Sin duda que Francia había cometido excesos; pero éstos debían aumentarse por la violencia de la lucha; y sin conseguir que se inmolase esta libertad aborrecida, se iban á preparar treinta años de la guerra más mortífera, se iban á provocar grandes invasiones, á dar nacimiento á un conquistador, á producir graves desórdenes y á realizar por último el establecimiento de los dos colosales que dominan hoy la Europa en ambos elementos, Inglaterra y Rusia.

En medio de esta conjuración general, sólo Dinamarca, conducida por un ministro hábil, y Suecia, libre ya de los presuntuosos proyectos de Gustavo, manteníanse en una sabia reserva, que Holanda y España hubieran debido imitar, agregándose al sistema de neutralidad armada. El gobierno francés había juzgado perfectamente estas disposiciones generales, y la impaciencia que le caracterizaba en aquel momento no le permitía esperar las declaraciones de guerra, anticipándose por el contrario á ellas. Desde el 10 de agosto no había dejado de pedir que se le reconociese, aunque guardando cierto miramiento respecto á Inglaterra, cuya neutralidad era preciosa, á causa de los muchos enemigos que ya se habían combatido; pero después del 21 de enero dejó á un lado todas las consideraciones, resolviendo una guerra universal. Al ver que las hostilidades ocultas no eran menos peligrosas que las más francas, apresuróse á proceder de modo que se declarasen sus enemigos: desde el 24 de enero la Convención Nacional pasó revista á todos los gabinetes, dispuso que se instruyeran informes sobre la conducta de cada cual respecto á Francia, y se preparó á declararles la guerra si tardaban en explicarse categóricamente.

Desde el 10 de agosto, Inglaterra había retirado su embajador de París, y no quiso tolerar al de Francia en Londres, Mr. de Chauvelin, sino como enviado de la monarquía derrocada. Todas estas sutilezas diplomáticas no tenían más objeto que satisfacer á las conveniencias respecto al rey encerrado en el Temple, y diferir al mismo tiempo las hostilidades, que no convenía comenzar aún. Sin embargo, Pitt fingió pedir un enviado se-

creto para explicar sus resentimientos contra el gobierno francés, y en el mes de diciembre se le envió al ciudadano Maret. Este tuvo con Pitt una entrevista particular: después de mutuas protestas para declarar que aquélla no tenía nada de oficial, que era esencialmente amistosa, sin mediar más objeto que el deseo benévolo de ilustrar á las dos naciones sobre sus respectivas quejas, Pitt se lamentó de que Francia amenazase á los aliados de Inglaterra, y hasta atacase sus intereses, citando como una prueba de ello la Holanda. El cargo principal que alegó era la apertura del Escalda, medida tal vez imprudente, pero generosa, que los franceses adoptaron al entrar en los Países Bajos. Absurdo era en efecto que, para proporcionar á los holandeses el monopolio de la navegación, no pudieran los Países Bajos, cruzados por el Escalda, hacer uso de este río. Austria no osó abolir esta servidumbre; pero Dumouriez lo hizo por orden de su gobierno, y los habitantes de Amberes vieron con satisfacción á los buques remontar el Escalda hasta su ciudad. La respuesta era fácil, pues Francia, al respetar los derechos de los vecinos neutrales, no había prometido consagrar iniquidades políticas porque aquéllos tuvieran interés en ellas. Por otra parte, el gobierno holandés había demostrado demasiada malevolencia para que se le tuviesen tantas consideraciones. El segundo cargo alegado fué el decreto del 15 de noviembre, por el que prometía la Convención Nacional auxilio á todos los pueblos que sacudieran el yugo de la tiranía. Este decreto, imprudente tal vez y acordado en un momento de entusiasmo, no significaba, como lo pretendía Pitt, que se invitase á todos los pueblos á la revolución, sino que en todos los países en que se estuviese en guerra con aquélla, se prestaría auxilio á los pueblos contra sus gobiernos. Pitt se quejó, por último, de las amenazas y de las continuas declamaciones que partían de los jacobinos contra todos los gobiernos; pero por tal concepto, éstos no se habían quedado atrás respecto á sus adversarios, y nada se debían unos á otros respecto á injurias.

La conferencia no condujo á nada, reconociéndose sólo que Inglaterra buscaba dilaciones para diferir la guerra, la cual deseaba sin duda, aunque sin convenirle declararla todavía. Sin embargo, el célebre proceso de enero precipitó los sucesos: el parlamento inglés se reunió de pronto, antes del término prefijado; expidióse una ley inquisitorial contra los franceses que viajaban por Inglaterra; fortificóse la torre de Londres; se dispuso el alistamiento de las milicias, y todos los preparativos y las proclamas anunciaron una guerra inminente. Excitóse al populacho de Londres; se despertó esa ciega pasión por la cual se considera en Inglaterra que una guerra contra Francia es un gran servicio nacional; detúvose por último á varios buques cargados de granos que se dirigían á nuestros puertos, y al llegar la noticia del 21 de enero, el embajador francés, á quien no se había querido reconocer en cierto modo hasta entonces, recibió orden de salir del reino en el término de ocho días. La Convención Nacional dispuso al punto que se instruyese un informe sobre la conducta del gobierno inglés con Francia y sus inteligencias con el estatúder de las Provincias Unidas; y el 1.º de febrero, después de haber oído á Brissot, que por un momento obtuvo los aplausos de ambos partidos, declaró solem-

nemente la guerra á Holanda é Inglaterra. También era la lucha inminente con el gobierno español, considerándose ya como tal, aunque no se hubiese declarado. Francia tenía así á toda la Europa por enemiga; la ejecución del 21 de enero fué el acto por el cual rompió con todos los tronos, lanzándose irrevocablemente en la carrera de la revolución.

Era preciso sostener la terrible acometida de tantas potencias conjuradas, y por rica que fuese Francia en población y en recursos, difícil parecía que pudiese resistir el esfuerzo universal dirigido contra ella. Sin embargo, no por eso tenían sus jefes menos confianza y audacia: los triunfos inesperados de la república en el Argona y en Bélgica les indujeron á creer firmemente que todo hombre, y sobre todo francés, podía llegar á ser soldado en seis meses; el movimiento que agitaba á Francia les hizo suponer, además que toda la población podría trasladarse á los campos de batalla, y que de este modo sería posible reunir hasta tres ó cuatro millones de hombres, los cuales serían pronto soldados, sobrepajando de este modo á las fuerzas que pudieran presentar todos los soberanos reunidos. «Ved todos los reinos, decían; un reducido número de hombres reclutados con esfuerzo son los que llenan los cuadros de los ejércitos; la población se mantiene indiferente y vemos que un puñado de individuos regimentados deciden de la suerte de los más vastos imperios. Ahora bien: suponed, por el contrario, que una nación entera, arrancándose á la vida privada, se arma para su defensa: ¿no debe exceder á todos los cálculos ordinarios? ¿Qué hay de imposible para *veinticinco millones de hombres* que ejecutan?»

En cuanto á los gastos, tampoco les inquietaban: el capital de los bienes nacionales se aumentaba diariamente por la emigración y excedía mucho á la deuda; por el momento no tenía valor este capital por falta de compradores, pero los asignados hacían sus veces, y su valor ficticio suplía al valor futuro de los bienes que representaban. En el giro se reducían á una tercera parte de su valor nominal; pero ésta no era más que otra tercera parte de aumento en la circulación, y este capital era tan enorme, que excedía en mucho á lo que se debía emitir. Después de todo esto, los hombres á quienes se quería transportar al campo de batalla vivían bien en sus hogares, y muchos de ellos hasta con lujo, ¿por qué no habían de vivir en el campo? ¿Pueden faltar la tierra y el aire á los hombres dondequiera que se hallen? Por otra parte, el orden social, tal como existía, contaba con más riquezas de las indispensables para atender á las necesidades de todos; lo único que faltaba era hacer mejor distribución, para lo cual se pensaba imponer á los ricos para hacerles contribuir á los gastos de la guerra. Por último, como los Estados que se trataba de invadir debían derrocar también un antiguo orden social, extirpando muchos abusos, podrían realizarse beneficios inmensos sobre el clero, la nobleza y el trono, con los cuales habrían de pagar á Francia el auxilio que se les prestase.

Así es como razonaba la ardiente imaginación de Cambón, y estas ideas se arraigaban en el espíritu de todos. La antigua política de los gabinetes calculaba en otro tiempo sobre ciento ó doscientos mil soldados, á quienes se pagaba con algunos impuestos ó rentas de

la corona; pero ahora levantábase una considerable masa de hombres que se decía: *Yo formaré los ejércitos*; que miraba la suma general de las riquezas, y decía también: *Esta suma es suficiente, y repartida entre todos bastará para satisfacer las atenciones*. Certo que no era este lenguaje el de toda la nación, sino el de la parte más exaltada, que había adoptado estas resoluciones é iba á imponerlas por todos los medios á los demás ciudadanos.

Antes de dar á conocer la distribución de los recursos imaginada por los revolucionarios franceses, es preciso volver á nuestras fronteras para ver cómo había terminado la última campaña. Por el principio había sido brillante; pero el primer éxito, mal sostenido, sólo sirvió para extender nuestra línea de operaciones, provocando de parte del enemigo un esfuerzo mayor y más decisivo. Por eso nuestra defensa llegó á ser más difícil; el enemigo derrotado debía obrar con mayor energía, y su redoblado esfuerzo iba á concurrir con la desorganización casi general de nuestros ejércitos. Añádase á esto que el número de coligados era doble, pues los ingleses en nuestras costas, los españoles en los Pirineos y los holandeses hacia el Norte de los Países Bajos nos amenazaban con nuevos ataques.

Dumouriez se detuvo á las orillas del Mosa, sin poder avanzar hasta el Rhin, por razones que no se han apreciado suficientemente, porque no fué posible explicar las demoras que siguieron á la rapidez de las primeras operaciones. Al llegar á Lieja era ya completa la desorganización de su ejército; los soldados estaban casi desnudos, y á falta de zapatos se envolvían los pies con heno; sólo tenían abundante pan y carne, gracias á una contrata que Dumouriez mantuvo por su propia autoridad; pero faltaba el dinero para darles la paga, y saqueaban á los campesinos ó se batían con ellos para obligarles á tomar los asignados. Los caballos morían de hambre por falta de forrajes, y ya habían perecido casi todos los de la artillería. Las privaciones y la lentitud en la guerra habían desanimado á las tropas, y los voluntarios desertaban por grupos, fundándose en el decreto que declaraba á la patria fuera de peligro. Fué necesario otro decreto de la Convención para impedir las deserciones; pero por severo que fuese, apenas bastaba la gendarmería situada en los caminos para contener á los fugitivos. El ejército se hallaba reducido á una tercera parte de sus fuerzas, y estas causas reunidas se opusieron á que se persiguiese á los austriacos con toda la actividad necesaria. Clerfayt tuvo tiempo de atrincherarse en las orillas del Erft, mientras Beaulieu hacía lo mismo por la parte de Luxemburgo; y no le era posible á Dumouriez, que sólo contaba con un ejército de treinta ó cuarenta mil hombres, ahuyentar ante sí á un enemigo atrincherado en montañas y bosques y apoyado en el Luxemburgo, una de las plazas más fuertes del universo. Si Custine, en vez de hacer correrías por Alemania, como se repetía sin cesar, se hubiera replegado sobre Coblenza, uniéndose con Beurnonville para tomar á Tréveris, y hubiesen bajado por el Rhin, Dumouriez se habría dirigido á su vez por Colonia, y todos tres se podían dar así la mano; de tal modo que el Luxemburgo, cercado por todas partes, hubiera caído en nuestro poder, á causa de faltarle las comunicaciones. Nada de esto sucedió; Custi-